

*Los fundamentos
espirituales de la
nueva Europa*

Otto Dietrich



editorial Kamerad



Los fundamentos espirituales de la nueva Europa

Otto Dietrich

Los fundamentos espirituales de la nueva Europa

La lucha que se está librando hoy en los campos de batalla y en los mares con la *ultima ratio* de los pueblos, con la fuerza de las armas, es en el fondo (y sobre esto no hay ya seguramente duda alguna) una lucha de dos ideologías. Tras de los ejércitos y escuadras de hierro y acero, y con ellos, se está librando una contienda universal de espíritus en la cual una nueva idea de convivencia humana, nacida en los dos pueblos culturales más grandes del continente europeo, pugna con las potencias espirituales del pasado por su libertad y su futuro.

En su mensaje de Año Nuevo calificó el *Führer* esta lucha del mundo alemán e italiano como de revolucionaria significación para el futuro desarrollo de la humanidad. En el plano político lo formuló como *“la lucha de los derechos nacionalsocialistas del pueblo con los privilegios plutocráticos.”* *“El mundo alemán...”*, dijo, *“...lo mismo que el italiano, ha superado la edad de los privilegios de algunos capitalistas plutócratas, sustituyéndola por la edad del pueblo. Mientras aquel mundo se dispone a arrebatar a los desposeídos lo poco que les queda, nosotros nos enfrentamos con el mundo de los que poseen, decididos a conquistar los generales derechos del hombre para los que nada poseen.”*

Esta delimitación de frentes hecha por el *Führer* revela claramente las últimas concatenaciones de la lucha política de hoy. La caduca ideología de una época que declina vuelve a lanzarse contra los victoriosos principios de una nueva época que está surgiendo para reprimir con todos los medios de su ahíta plutocracia las fuerzas de un nuevo orden, postrándolas otra vez en el estado de pobreza e impotencia del cual se habían levantado.

Las reaccionarias democracias del oeste han rechazado todos los intentos de una evolución por vías pacíficas, declarando la guerra a los portadores revolucionarios de una nueva idea.

Y han encontrado la lucha que querían.

El pueblo alemán de 85 millones ha aceptado el reto. Ha vencido aniquiladoramente a Francia y ha acosado hasta su isla a los arrogantes anglosajones, como perros apaleados dondequiera que se le presentaron a la lucha. El pueblo alemán ha roto su bloqueo y los ha bloqueado a su vez.

Y como lo ha empezado, así sabrá terminar la victoriosa campaña contra sus retadores.

En esta lucha en que se deciden los destinos no triunfa sólo la fuerza de las armas, sino también el espíritu que las anima y que las lleva. Con estos soldados que el mundo admira, con estos ejércitos para los que no hay obstáculos, marcha una nueva época, marcha una idea nueva y grande nacida del seno del pueblo y encarnada en su *Führer*. Este es el profundo secreto de su fuerza irresistible.

Hay pueblos que han comprendido esta íntima relación, y la reconocieron como efecto de fuerzas creadoras en la evolución de la humanidad. Y hay otras naciones cuyas capas dominantes, saturadas de vanidad en sus estrechas concepciones, en sus rancias ideas y en su mente entumecida, ensordecieron a sus pueblos para toda campanada de la naturaleza y les cegaron para toda perspectiva espiritual de los acontecimientos que corren fuera su limitación. Estas naciones se tienen a sí mismas por la última meta del progreso, y consideran su democracia como el remate de la evolución humana. Por eso difaman lo que entienden y por eso escupen lo que no pueden comprender. Como no pueden ganar la guerra militarmente han desencadenado contra las potencias del eje una

guerra moral. Y en la medida en que se ha roto su bloqueo de hambre, intentan poner a Alemania y a Italia un cerco de odio. Para este fin han puesto en movimiento contra los pueblos crédulos y tan impresionables ante la mentira, todos los engendros de su bastardeada democracia. Anublan los cerebros con frases, y valiéndose de la red de noticias falsas, en la que han prendido a tantos pueblos, han puesto a una gran parte del mundo en un estado, por decidirlo así, de histerismo espiritual, para que fermente su calumnia moral entre esas pasiones revueltas y esa ignorancia grotesca.

No creo que describa con demasiada energía estos hechos. Quien siga diariamente lo que se publica en el mundo anglosajón sabrá que se ha llegado en él a un estado de confusión mental que ya no puede exagerarse. Pídense en él cosas a la lógica humana, casi alarmantes desde el punto de vista médico y que entran en el terreno de la psiquiatría. Es cosa de pensar en el fantástico cuento de Edgar Allan Poe en el que un hombre de ciencia visita un manicomio en el que se practica el principio de la *libertad individual*. Se suprimieron los costosos loqueros y, confiando en la razón y en la discreción de los locos, se encargó a algunos de éstos de vigilar los actos de los otros y de influir sobre ellos. En el transcurso de los hechos resulta que el médico que ilustra al visitante sobre los principios de la casa es en realidad un loco, que con sus compinches, había sujetado a los loqueros y los había encerrado en las celdas de castigo.

Aquí parece haber descubierto un inspirado escritor, en un momento de clarividencia, el verdadero carácter del estado mental anglosajón. Se ha encerrado a la razón y se ha puesto el timón en manos de la locura. Esta parece la solución del enigma.

Esta guerra ha aportado ya muchas decisiones. Ha demostrado la abrumadora superioridad militar de Alemania, con lo cual recayó ya la decisión en el campo de batalla europeo. Alemania rompió el intento de bloqueo enemigo abriéndose en Europa inagotables recursos militares y fuerzas económicas. Pero de los problemas que ha dejado todavía por resolver esta guerra, uno de los más importantes me parece el espiritual y psicológico: la liberación de los cerebros. El ejército alemán tuvo que romper la Línea Maginot para hacer comprender al pueblo francés la verdad para librarlo de la cadena de mentiras en el que se aherrojó. No es verdaderamente un timbre de gloria para la democracia, que sea la espada la que tenga que conquistar para ella la verdad. ¿Seguirá siendo preciso también que sea la fuerza de las armas la que vuelva a los hombres al conocimiento de la realidad, a la razón de la serenidad en ese mundo demócrata tan culto y adelantado al parecer?

¿Cuándo va a agruparse, por fin, el mundo espiritual de este soliviantado continente europeo, para abrir una brecha con toda su autoridad moral en la muralla de frases y de inexactitudes que envuelve hoy a los pueblos? ¿Cuándo van a tomar, por fin, la palabra las fuerzas ideales de este continente, que pueden invocar el haber erigido y el haber fructificado todo el mundo cultural? ¿Cuándo van a tomar la palabra para abrir caminos de claridad entre la maleza de espiritual confusión que sofoca hoy el cerebro de una gran parte de la humanidad?

Esta es la cuestión que hay que plantear una vez ante la opinión pública, porque es la que agita a millones de hombres. El espíritu europeo, que tantas cosas grandes hizo y regaló a la humanidad ¿no ha de tener ya el valor ni la fuerza para divisar el camino que lleve a nuevas cimas y señalárselo a los pueblos en este momento que decide el curso de los siglos?

Me resisto a creerlo. Y corrobora mi convicción el que vosotros, señores, hayáis acudido al llamamiento de la academia alemana en este venerable centro de vida

espiritual europeo, y el hecho de que, ante el foro aquí congregado, el tema de mi conferencia sean los problemas espirituales de la nueva Europa. Voy a intentar cumplir debidamente esta tarea exponiendo ante vosotros las grandes y nuevas ideas aportadas por el espíritu alemán en la época del nacionalismo, colocándolas en el gran complejo espiritual que determina el destino y la convivencia de los pueblos europeos.

La ley moral, el *supremo imperativo* en la vida de los pueblos en la voluntad del orden, la aspiración a un desenvolvimiento más alto y progresivo. Para cumplir ese imperativo se le dieron al hombre dos últimas fuerzas creadoras: la idea y la personalidad. Idea y personalidad son los exponentes de la evolución humana. En su síntesis culmina la vida y cobra la existencia del hombre su forma más excelsa.

Los hombres hacen la Historia, pero los destinos de los pueblos están determinados por la fuerza normativa de las ideas imperantes. El genio de hombres inspirados las alumbró, y descubren lo que duerme en lo profundo del alma de los pueblos. Las grandes ideas son como piedras milenarias en el camino de la humanidad, son las plataformas del progreso histórico. La antorcha del espíritu, llevada por hombres audaces, ha precedido siempre a la humanidad en sus caminos. Estas ideas fecundas, que llevan otra vez a la conciencia de los pueblos la ley de la vida, han influido en todos los tiempos decisivamente en el desarrollo de las naciones civilizadas en Europa, ensalzándolas cuando eran jóvenes, habiendo en ellas vigor de futuro, o haciéndolas sucumbir cuando sobrevivían y empezaban a dar signos de senilidad.

Los acontecimientos de nuestros días son grandes e imponentes. En el transcurso de pocos años se cumplen revoluciones que normalmente habrían necesitado siglos para madurar. Palidecen ideas que abarcarán el mundo entero. Armazones ideológicas que parecían inmovibles empiezan a vacilar. Y de las ruinas de lo viejo y lo pretérito surge ante nosotros un mundo nuevo. ¿Quién de nosotros podría abarcar los acontecimientos de hoy, que dan nuevo perfil a los pueblos y nuevo rumbo a los destinos, desde el mero punto de vista histórico del curso de los hechos, con el estrecho horizonte de lo cotidiano? Sólo desde la perspectiva de grandes avatares humanos cobran forma inteligible. Y sólo con los conceptos de un nuevo mundo ideológico pueden comprenderse.

No hay duda de que estamos en el umbral de una nueva vertiente histórica; es más, de que ya hemos subido un nuevo peldaño en la evolución: si queremos apreciar toda la magnitud y significación de los hechos revolucionarios de hoy tenemos que abarcarlos desde su raíz más honda.

También las concepciones de la humanidad están sometidas a una evolución progresiva. De la misma forma que el intelecto del individuo se desenvuelve, por decirlo así, en una incesante metamorfosis de conceptos, así va creciendo el acervo mental de la generalidad por la herencia de las generaciones y las experiencias de los siglos. Las pausas del espíritu y los tiempos de madurez alternan con las irrupciones revolucionarias de nuestras fuerzas del conocimiento cuando los métodos mentales de ayer se han hecho estériles para la comprensión de los problemas espirituales y sociales de una nueva época.

Hoy nos encontramos en una fase de esa naturaleza. No sólo en la vida política y social, sino también en el pensamiento, se ha cumplido una revolución que ha partido de dos grandes naciones culturales del continente, de Alemania y de Italia, y que será fecunda para otros pueblos en la medida en que quieran servirse de ella.

Si queremos medir las fuerzas que perfilarán y que determinarán la nueva Europa, no tenemos más remedio que profundizar en los elementos de los que engendraron y

dieron realidad a esas fuerzas.

En el mundo que nos abre la idea nacionalsocialista se ha operado una rotación del eje del conocimiento: una rotación del *yo* al *nosotros*, del *individuo* a la *comunidad*. Con ello se ha cumplido en el mundo del espíritu una irrupción que viene a corregir un error de siglos en el pensamiento. El acto histórico-espiritual que cumplió, fue el de destronar la mentalidad individualista que dominó durante siglos y siglos nuestra evolución sustituyéndola por la mentalidad con conciencia de la comunidad, que abre a nuestra vida bases completamente nuevas y enormes posibilidades de actuación.

En una serie de conferencias anteriores he expuesto ya desde el punto de vista de la teoría del conocimiento la base de este hecho fundamental y aquí no voy a aludir a ella más que en cuanto sea necesario a este respecto.

La mentalidad individualista se basa en el falso postulado de que el hombre es un ser aislado y que hay que considerarle como tal en todas sus manifestaciones vitales. Sobre este postulado, al parecer intangible, naturalmente aceptado, pero falso desde el punto de vista de la teoría del conocimiento, se erigió a través de los siglos la mentalidad individualista a manera de la Torre de Babel. Escapó a la penetración de muchos filósofos de la época individualista el que el hombre, como yo aislado, no tiene realidad en este mundo; que en todos sus actos es un ser colectivo, en una familia, en la comunidad de un pueblo, de una raza, de una nación de la cual es miembro y en un colectivo al que está más o menos ligado. Habían pasado por alto el hecho fundamental de que la comunidad, dentro de la cual transcurre la vida humana desde la cuna hasta el sepulcro, es, no sólo la condición de su existencia y de sus posibilidades de actuación, sino también el postulado conceptual, la categoría de su pensamiento individualista y liberal, sino el colectivo y consciente de la comunidad, el que puede abrirnos el mundo de la realidad y que en la sustancialidad de la comunidad natural están contenidas también las fuerzas cognoscitivas del individuo.

Estoy por decir que la mentalidad individualista fue el error espiritual de la construcción de toda una época. El gran acto espiritual de nuestro tiempo es el de haberse librado de los lazos del individualismo, de los que no pudieron librarse siquiera los movimientos sociales del siglo pasado, reconociendo en la comunidad la única base posible de nuestro pensamiento y de nuestra acción. Con esto se ha cumplido en la historia del espíritu una de las revoluciones más profundas. Esta revolución del pensamiento es la llave que abre la puerta de una nueva época. Esta revolución abarca todas las esferas de la vida, y que lleva a todos los campos soluciones que no se habían logrado hasta ahora. Para el que está en posesión de esta nueva base del pensamiento la vida ordena con sentido y claridad. De ahí parte el puente hacia un nuevo escalón en el desarrollo del conocimiento humano, que nos lleva a márgenes nuevas de progreso y de cultura. Y esto, señores, no es una audaz construcción o una hueca teoría, sino venturosa realidad tras de la cual fluye la sangre de la vida.

Este cambio revolucionario del pensamiento plantea ciertamente a nuestra generación problemas no sencillos en parte. La alborada de una nueva época hace surgir frecuentemente aparentes contradicciones en los que, cargados con el peso de los prejuicios del pasado, ponen el pie, llenos de recelo, en la tierra nueva del presente. No saben que lo que, visto desde lo pretérito, parece radical e imposible, contemplando desde una nueva plataforma, es natural y comprensible. El que creció en la época pasada y aprendió a hablar su idioma y a pensar con su mentalidad no puede comprender el mundo nuevo con los conceptos del viejo.

Otros, en cambio, cuya inteligencia está todavía en cierto modo a la sombra del

pasado, pero que han escalado ya los peldaños de un nuevo tiempo, consideran lo nuevo como un extravió y lo combaten con la pasión de presuntuosos fanáticos de la verdad, equivocados espiritualmente. Se figuran que la guerra actual tiene que seguir el mismo esquema que la anterior, cuando en realidad se encuentran frente a fuerzas completamente distintas y nuevas que no pueden vencer. Sus cerebros se niegan a reconocer las leyes más fundamentales de la lógica humana. Con el agua a la garganta hablan esos insensatos de victoria, lo cual es una insolencia ante los hechos, que bordea ya los límites de la blasfemia política.

Y luego están los que han establecido su poder y su soberanía sobre el bastardeamiento plutocrático del pensamiento individualista. Estos temen, con razón, el triunfo de lo nuevo, porque ven en él el peligro para la propia existencia y lo combaten, por eso, con los medios más reprobables como un engendro de Satanás.

Durante milenios creyó el hombre que la Tierra era plana y todavía hace cuatrocientos años estaba convencido de que el sol giraba alrededor de la Tierra. Hace cuatrocientos años descubrió un alemán que la Tierra no era más que uno de los tantos astros que giran en torno al sol. Con este descubrimiento se derrumbó también entonces este mundo y se abrió camino otro nuevo y progresivo. También entonces se lanzaron las fuerzas de la reacción y de la brutal intolerancia contra el triunfo de la verdad y el derecho de la nueva vida. La teoría de Copérnico fue incluida en el *Índice*, Galileo fue enviado al calabozo y Giordano Bruno a la hoguera.

Hoy se está cumpliendo en el plano mental un viraje copernicano del espíritu. Hoy descubrimos que el mundo no gira en torno al individuo, sino en torno a la comunidad, al pueblo, cuyo destino arrastra al individuo. Y otra vez se alzan, como entonces, las fuerzas de la reacción, los reaccionarios del mundo plutocrático, para sofocar el progreso en la vida de las naciones y extinguir la antorcha del espíritu en la sangre de los pueblos. Otra vez se dan cita las tenebrosas fuerzas de una época caduca, los que se aprovechan del atraso para levantar hogueras de intolerancia espiritual para los adalides del progreso. Pero, en esta ocasión, los sustentadores de las nuevas ideas no sólo tienen de su parte el derecho, sino también, gracias a Dios, la fuerza para oponerse a los que quieren perderlos y para destruirlos. Y como no es bastante fuerte para parar con la fuerza de sus armas la rueda del progreso, esa inquisición aherrojada cree poder vencernos con una coalición mundial del odio.

Hace algunos días escribió en Londres un conocido inglés: “*¿Qué tenemos que hacer para ganar esta guerra? Dos caminos se abren ante nosotros para conseguir ese fin. El uno es el camino de la fuerza bruta, la batalla de los ejércitos, y el otro es de la persecución espiritual, la batalla de las cabezas. El arte de la guerra total está en enfocar hábilmente estos métodos para la cual hay que tener en cuenta que un triunfo en el campo de batalla del espíritu determina automáticamente resultado victorioso de la guerra. Tenemos que combinar con nuestra acción militar una enérgica y victoriosa campaña en el campo de batalla de las cabezas.*”

El arma de que los anglosajones se sirven en este campo de batalla de los cerebros, es la demagogia moral. Por eso se han lanzado a la ofensiva de la palabra, por eso nos ofrecen actualmente una batalla de discursos. En una oleada de discursos ministeriales que se pregonan en el mundo, agravan los sentimientos más nobles de la humanidad diciendo que luchan en nombre de Dios, en nombre de la verdad, del progreso y de la cultura. En este terreno luchan por todo lo que encuentran a mano. “*Hemos puesto...*”, dicen, “*...nuestro destino en las manos del espíritu.*”

Señores, cuando en el mundo se habla de cultura y de espíritu, tienen que hablar

también las grandes naciones culturales del continente europeo. Esas grandes naciones han dado al mundo las obras inmortales de la cultura y del espíritu. Es cierto que a muchos pueblos ultra-continetales les han brindado el acervo mental de milenios, pero no la arrogancia espiritual que hoy se manifiesta allende este continente. La presunción no es cultura para los pueblos culturales europeos, la nebulosidad espiritual no es inteligencia y la arrogancia no es ingenio. ¡No lo olviden esos apóstoles vulgares del odio!

Antes de ponerme a escribir esta conferencia me tomé el trabajo de estudiar detenidamente el contenido espiritual de todos los discursos de los ministros ingleses y de sus adláteres anglosajones en el año transcurrido. Lo que he encontrado ha sido la infinita repetición de tratados morales, pero que demuestra una falta verdaderamente vergonzosa de su sustancia espiritual y de objetividad. El extracto espiritual de la labor realizada en un año por la crema de la inteligencia anglosajona viene a ser el siguiente:

- 1) El nuevo orden de Hitler consiste en la hegemonía mundial de la nación alemana.
- 2) Los nacionalsocialistas quieren someter a su yugo a la humanidad.
- 3) Inglaterra lucha por un principio, como por la libertad y la democracia, por la verdad y la dignidad contra la tiranía espiritual.
- 4) Las democracias libran el combate de los más nobles de la naturaleza humana.
- 5) Queremos salvar juntos el alma de la humanidad.
- 6) Queremos encauzar el alma de la humanidad por las grandes vías del progreso.
- 7) Si la democracia perece, perece el mundo.
- 8) Nosotros somos la asociación de los que buscan la luz contra las fuerzas del mal.

Y así sucesivamente, siempre en el mismo tono. Los pobres lectores y oyentes de estos derrames fraseológicos, tienen que creer que verdaderos corifeos del espíritu están erigiendo, sencillamente, montañas de sapiencia frente a la bárbara reacción de un nuevo tiempo. Pero si se despoja a esos discursos, que exudan *moral*, de su torrente de palabras, difícilmente puede uno sustraerse a la impresión de que aquí se han dado cita los necios del siglo. Examinando atentamente no queda más que un puñado de lemas incomprensibles y sin un asomo de justificación real, un verdadero escarnio del mundo intelectual, y como el Apocalipsis del supremo conocimiento se trompetean las palabras *moral, libertad, verdad, y democracia*, que se mezclan a capricho como un cóctel, y sirve al auditorio.

Pero sobre la moral en la vida de los pueblos, sobre lo que es bueno y malo, sobre a qué lado está el ángel del orden mundial, y a qué lado el diablo, sobre dónde los hipócritas, que han desencadenado esta guerra en nombre de la humanidad y quieren impedir que termine en nombre de la humanidad también, sobre estas cuestiones creo yo que decide, no su limitado espíritu, sino una Providencia más alta. Con gentes que hacen con Cristo su negocio no puede discutirse de moral. “*Cruzan las manos y hacen con Dios un compromiso*”, escribió un día el poeta Wilhem Jensen. Una raza que ha

arrastrado por el fango la moral, como la raza inglesa, no debe atreverse a luchar todavía con el arma de la moral.

En cuanto a la verdad, también esto es un punto oscuro en la vida de los británicos. De la misma manera que tienen un propio código moral, así se han creado un concepto especial de la verdad. Fue uno de sus principales hombres, el ex-premier Stanley Baldwin, el que dijo desde la cátedra de una universidad inglesa: *“En liza de la competencia y de los conflictos internacionales, han puesto los hombres el amor a la patria como virtud indispensable del estadista sobre el amor a la verdad.”*

Esto es la carta blanca de la falta de veracidad. Mienten en nombre de la nación. Toda su historia política es una constante confirmación de ello. ¿Qué valor tiene entonces la palabra *verdad* en su boca?

Si se proyectan estas frases sobre el plano de la discusión objetiva para una controversia en la esfera de la lógica humana, entonces quedan dos conceptos tangibles, el concepto de la libertad y el de la democracia.

Quien quiera hablar de libertad tiene que saber lo que es la libertad y lo que significa en la vida de los pueblos. Los portavoces democráticos al otro lado del canal sostienen que la libertad es su herencia, y dicen que entre nosotros no hay libertad. Para demostrar lo contrario voy a tomarme la libertad de librar a su *libertad* del imperio de la frase.

Aunque el problema de la libertad es la base del pensamiento individualista, los filósofos del liberalismo no han podido darnos jamás una respuesta satisfactoria a esta cuestión, la más importante en la historia del pensamiento humano. Los demócratas anglosajones nos deben en absoluto toda definición lógica. Explican la libertad por los derechos del hombre y los derechos del hombre por la libertad. Todo un círculo vicioso de palabras que no dicen nada.

Fue un filósofo inglés el que dijo, con razón, que el error más difícil de vencer es el que tiene su raíz en el lenguaje.

“Las palabras inadecuadas forman la cadena que ata al hombre a actos de razonar. Cada expresión impropia encierra el germen de afirmaciones sofisticadas y constituye la nube que envuelve la verdadera naturaleza de las cosas, ofreciendo frecuentemente un obstáculo insuperable para el descubrimiento de la verdad.”

También la palabra *libertad* ha producido en las cabezas de muchos hombres una confusión de conceptos semejantes.

La libertad es una palabra sublime y entusiasmadora pero también incomprendida y mal interpretada muchas veces. De la misma manera que siempre atrajo a los mejores espíritus, también abusaron de ella los peores para sus fines. Es un lugar común de sentimientos y de pensamientos en el cual celebra el individualismo verdaderas orgías.

La libertad del individuo, dice el individualismo, es el primogénito de los derechos humanos. Pero este mismo punto de partida de su pensamiento es falso. Ya Aristóteles enseñó: *“El pueblo está más cerca de la naturaleza que el individuo.”* Lo primitivo de nuestros conceptos no es el individuo sino, como ya os he dicho, la comunidad. Así pues todo concepto de libertad que no se base en la comunidad, no está basado en la realidad de las cosas. Un concepto de libertad que no se derive de la comunidad es falso *a priori* e inservible para todo conocimiento en el campo de la convivencia humana y su efecto no es afirmativo sino destructor para la vida. Por eso, la sedicente *libertad individual* no es algo dado por naturaleza al hombre, como afirman tan fácil y sencillamente sus apóstoles. Lo que la naturaleza le ha dado es la conciencia del deber frente a esa comunidad en la que ha nacido.

El concepto individualista de libertad quiere, en cambio, libertar al individuo de ese

deber frente a la comunidad. Por eso el instinto idiomático califica al individuo o de sujeto al hombre que se libra de sus deberes frente a la comunidad.

Kant, aquel titán de los filósofos, dio un día, como es sabido, al problema de la libertad una suprema interpretación moral, al hacernos comprender armónicamente unidas la libertad y la obligación. Su mayor pensamiento fue el de conocer al hombre al mismo tiempo libre y sujeto. Ya he expuesto antes detalladamente lo que este conocimiento significa en el complejo de las nuevas ideas y la solución total que su síntesis da al problema de la libertad. El hombre no obra libremente en realidad más que cuando obra conforme al espíritu de la comunidad a la que pertenece.

De ello resulta claro, porque la libertad sólo puede ser una libertad creadora y porque ésta únicamente corresponde a los hombres creadores para la colectividad.

La revolución francesa puso, por cierto, la palabra *libertad* en sus banderas, pero en realidad ahogó a ésta en el desenfreno del individualismo. Lo que restó, fue sólo una paráfrasis del término, del que se han adueñado los plutócratas para perpetuar, bajo la bandera de la libertad, las cadenas de la esclavitud.

Nuestra revolución no ha destruido la libertad, sino que ha despojado de la frase hueca a la del liberalismo y puesto de relieve el verdadero contenido de ella.

Únicamente existe una verdadera libertad, dentro de una sujeción superior. Y esto no sólo es aplicable a la vida del individuo, sino también a la de los pueblos entre sí. A la libertad y soberanía de éstos les han sido impuestos, asimismo, límites al exterior, determinados por circunstancias del espacio y sanos principios ordenadores de carácter orgánico. Qué gratuita y burda, qué insensata e incoherente es, pues, la imputación de nuestros adversarios de que Alemania quiere conquistar el mundo. Pretenden hacer creer a los pueblos, de aquí parten, otra vez, que uno de los grandes aventureros políticos de la humanidad, acaricia el viejo sueño del dominio universal.

Yo creo, que, en general, son sólo posibles tales afirmaciones, porque hay pueblos tan crédulos como niños. Desde hace diez años trabajo al lado del *Führer* y creo que, si él tuviese la intención de conquistar el mundo, habría entonces oído yo alguna vez algo sobre el particular. Tales afirmaciones, ridículas y fáciles de comprender, no sólo son incompatibles con la idea y orientación básica del nacionalsocialismo, sino, precisamente, contrarias a ellas.

El elemento político fundamental del nacionalsocialismo es la idea de Estado político nacional. No aspira a conquistas imperialistas, sino al recogimiento interior y a la concentración nacional. De ello es testimonio el más patente, el gigantesco movimiento de repatriación de todos los de raza alemana, del regreso de la sangre alemana a la madre patria, tal como lo ha organizado de un modo único el nacionalsocialismo. El principio del Estado político nacional no se ajusta a una expansión hacia el exterior, que disperse las fuerzas, sino a una reconstrucción racional interior y a la seguridad de las bases de la vida nacional. Él ha puesto de relieve la idea de que las relaciones de los Estados entre sí pueden ser establecidas de forma duradera, si la fisonomía de las naciones es clara y definida y su dirección tiene, responsable y autoritariamente, su origen en el pueblo.

El orden de vida de nuestro *Reich* es de unidad política nacional interna y de claro contorno externo. La idea y dinámica del nacionalsocialismo se ajustan por completo a la paz, en el momento en que se den en el corazón de Europa los fundamentos y la seguridad imprescindibles para la vida de nuestro pueblo de 90 millones de almas. A la Alemania nacionalsocialista se la ha obligado a entablar la lucha, porque los principios vitales de los anglosajones, acomodados al imperialismo y al dominio del

mundo, no quieren admitir estas sencillas condiciones previas para nuestro pueblo que tiende al desarrollo pacífico. Por eso nos han declarado la guerra. Es la guerra de la fuerza destructiva dirigida por Inglaterra contra el orden constructivo en la vida de los pueblos. El que la Alemania nacionalsocialista se muestre en esta guerra, que se le ha impuesto, más fuerte que su agresor, no es prueba ninguna de la violencia de sus principios, sino únicamente de la fuerza latente en su idea del orden.

Ellos dicen: “*Luchamos por el modo de vivir democráticamente. Luchamos por vivir la vida que queremos.*” Pero, el nacionalsocialismo no tiene ni mucho menos la intención de impedirlo. Es de la opinión de que cada pueblo puede vivir en su interior a su manera, este delito contra la libertad, de que aquí se nos acusa, lo cometen, en realidad, ellos mismos. En ningún sitio, en ningún país del mundo, existe una mayor y más repugnante intolerancia contra el modo de vida de los otros, que en los países anglosajones. Pero esa intolerancia se practica hipócritamente en nombre de la libertad; una libertad que ya he expuesto lo que es verdaderamente.

“*Esta guerra...*”, así lo dicen nuestros provocadores, “*...es la lucha de la democracia contra la tiranía*”, y también aquí hay que arrancar a esos actores políticos la máscara o quitar de las narices de su público las gafas de las épocas pasadas.

Quiero dejar de hablar aquí a una culta persona neutral que escribió hace poco un artículo, con el título de *Hitler y las democracias*. Planteo ésta en él, la pregunta de por qué el *Führer* ha de ser un enemigo de las democracias, cuando él mismo ha salido del pueblo y cuida también, como presidente de la más democrática de todas las repúblicas del mundo, de mantener una relación franca y directa con él. En el curso de su investigación llega el erudito a la conclusión de que, particularmente las modernas democracias, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, sólo tienen aparentemente algo de común con la voluntad del pueblo. En realidad, sirvieron únicamente de pretexto a los intereses de partido y a los negocios de compensación de algunos círculos políticos de las clases pudientes del pueblo. Las faltas de las democracias liberales se hallan ya en sus fundadores, que pusieron en ellas su concepción materialista y utilitaria del mundo y un individualismo económico. Todo esto lo embellecieron púdicamente los creadores de las democracias liberales con una fachada idealista. En el lema por ellos inventado, de “*Libertad, igualdad y fraternidad*”, no creyeron jamás seriamente. En las denominadas democracias occidentales nunca ha sido el pueblo, de hecho, el representante de la ley, sino algunos miles de capitalistas. Tras la cortina de la democracia se oculta el egoísmo de una minoría de vida acomodada.

Estas disquisiciones han dado en el clavo. No se debería hablar siempre y exclusivamente de la *democracia*, sino también contestar una vez a estas preguntas: ¿qué es la democracia?, ¿qué es lo que propiamente significa?

Si la democracia es el dominio anónimo de los menos, ejercido por medio del dinero y de la tergiversación de la opinión pública, entonces tienen razón nuestros adversarios. Pero, si significa, en realidad, el dominio del pueblo, no son ellos los que tienen esa democracia sino nosotros. No damos valor especial alguno al adornarnos con esa palabra comprometida de forma tan grave por su pasado político. Más, si los plutócratas se sirven de ella para camuflar su dominio y engañar al pueblo, entonces hay que crear también aquí la claridad en los conceptos.

Quien considere la ideología del Estado nacionalsocialista en su más profunda estructura y función práctica, tiene que reconocer en ella la democracia más moderna de la Historia. Ella opone al principio anónimo de la democracia degenerada, al autoritario y de responsabilidad de los verdaderos Estados nacionales. Ella ve la voluntad nacional,

no en el número parlamentario, falto de vida y que se gana por medio del dinero y de las presiones financieras, sino que la concibe de continuo en la constante y directa compenetración con la vida misma del pueblo. Por eso no es el partido nacionalsocialista un partido en el sentido parlamentario, sino, en definitiva, es el partido del pueblo alemán. Es el gran monitor de la conciencia social de la nación, y quien toma el pulso al pueblo, percibiendo sus más sutiles reacciones, sus preocupaciones y miserias, sus necesidades y deseos y sus alegrías y sus dolores. Él es su auxiliador y consejero, el que transmite constantemente sus sugerencias de abajo a arriba. Él ha dado responsabilidad política a centenares de miles de hombres de todos los oficios y clases y, por consiguiente, proporcionando a decenas de miles de alemanes la posibilidad de avanzar hasta los cargos directivos del *Reich* por medio de la competencia política acreditada. Ha unido orgánica e indisolublemente la eterna corriente de la juventud a la vida de la nación, y creado una sección de jefes, que obliga incesantemente a las generaciones futuras a prestar con vitalidad sus servicios. Por medio de él, la voluntad del pueblo adquiere no una problemática expresión numérica parlamentaria, sino una forma palpable. Por sus principios educativos, del rendimiento y selección de jefes, ha dado a la nación, por así decir, un maravilloso sistema funcional y el ritmo de las fuerzas que se renuevan en sí mismas constantemente.

Hace casi dos mil quinientos años que Platón escribió en su obra *Las leyes*, que la constitución más genial de un pueblo será aquella en la que se logre la subordinación voluntaria de las masas y el poner a su cabeza los sabios que se hayan entre ellas. El nuevo principio autoritario político nacional, que Alemania e Italia han creado gracias a sus geniales jefes, ha permitido que se convirtiera en realidad ese elevado pensamiento. Cuando los mesías de la democracia y los plutócratas hablan hoy de *dictaduras*, bajo esta arrogancia espiritual, se oculta solo la falta de los ignorantes o el colmo de una hipocresía, que nada teme más que al conocimiento de la verdad por el despertar de los pueblos.

Y es necesario todavía resolver un último gran problema, si queremos dejar al descubierto ante nuestra vista los principios básicos espirituales de un nuevo orden europeo: la revolución francesa creó el lema de la igualdad de todos los seres humanos. Esta idea de la igualdad es la raíz de la que creció el concepto social del siglo XIX. Más, de esta falsa presunción nace también aquella a denominar, casi trágica, confusión ideológica, que gravó durante tanto tiempo el problema del socialismo. Los hombres no son iguales por naturaleza, sino desiguales. Los hay capaces, menos capaces, laboriosos y menos laboriosos, hábiles e inhábiles. El problema que ha de solucionar, pues, el socialismo, no es el de establecer la armonía de los intereses entre iguales, sino entre desiguales. Solo un principio que prometa dar con esta solución, puede reivindicar para sí el derecho a ofrecer un orden fecundo de convivencia humana en armonía con el desarrollo natural.

El nacionalsocialismo parte de la desigualdad de los distintos hombres, pero fomenta para todos la igualdad en las mismas ocasiones y, en igualdad de aptitudes, las mismas perspectivas de éxito. Devuelve a los desheredados de un régimen capitalista contraproducente, la igualdad de derechos económica, en cuanto que suprime todos los obstáculos que el sistema liberal, con todos los privilegios de la propiedad y el capital habían levantado ante él, como un muro inescalable. Funda con ello un orden económico y social en el que cada ciudadano, sea lo que fuere y proceda de donde proceda, puede llegar a los más altos cargos del Estado y la industria, bastándole el tener la fuerza, la voluntad y capacidad para ello.

Este verdadero socialismo, que abre también el mundo del éxito económico al hombre más sencillo, enseña, que no se sirve mejor a los propios intereses que cuando se coloca a la cabeza de los deseos individuales el bienestar de la comunidad. Pone en armonía los intereses particulares con los de la nación y hace que se desenvuelvan, por consiguiente, las fuerzas económicas de la totalidad en beneficio del particular. Reconocerán ustedes, señores, que este principio, una de las ideas más bienhechoras que tal vez se haya producido jamás, ofrece posibilidades de multiplicar el impulso de la economía humana.

Este socialismo del rendimiento, que ofrece a todos las mismas oportunidades, pero solo al laborioso el éxito, establece la única armonía posible que existe de los intereses sociales entre hombres desiguales. Y es, al mismo tiempo, en general, la forma más elevada y llena de sentido de la vida social, porque basándose en ella puede la nación desenvolver constantemente sus fuerzas.

Antes de que proyecte estas ideas sobre la esfera internacional, con el fin de exponer su utilidad para la convivencia de los pueblos, quisiera intercalar algunas consideraciones sobre la economía; pues la Alemania nacionalsocialista ha aportado al punto de partida de nuestra especulación, soluciones extraordinariamente interesantes y profundas. La especulación nacionalsocialista ha hecho también en la esfera de lo económico un descubrimiento valioso. Ha encontrado en las finas mallas de la red de los acontecimientos económicos modernos, el núcleo de la fuerza económica, y reconocido, a través del velo pecuniario, que el trabajo humano es el principio que todo lo vivifica. Hemos hallado en el laberinto de las ideas económicas el hilo de Ariadna, que vuelve a llevar nuestra especulación económica a los conceptos claros: al trabajo productivo.

Hemos reconocido, que solo el trabajo productivo es el que crea, en realidad, bienes de consumo y que la economía, por consiguiente, no es un problema del capital o pecuniario, sino un problema de la producción. Al principio económico capitalista *“el capital tiene que producir capital”* opone este sistema la verdad de que *“el trabajo crea trabajo.”* Por eso hemos destronado de entre nosotros el dogma liberal de la primacía de la rentabilidad capitalista y lo hemos sustituido por el principio de productividad económico-nacional. De este modo hemos iniciado el resurgimiento económico de la nación. Sus éxitos son el testimonio vivo de la bondad de este sistema que se halla a la altura de la grandeza de una nueva época. Este nuevo sistema no sabe ya más del desempleo forzoso. Este sistema económico desconoce las inflaciones. Y si ustedes, preocupados por conceptos del pasado, preguntan: *“¿Cómo se llama ese nuevo sistema económico, cual es el nombre que ostenta?”* Entonces, solo se puede contestar: *“Este sistema económico no tiene todavía un nombre, porque hasta ahora no se ha dado jamás en la Historia un sistema tal.”*

Hemos reconocido, que el dinero no tiene dentro de la economía valor alguno en sí, sino que es solo una función y que su sujeción al oro era adecuada, por cierto, a su función de cambio, en épocas económicas anteriores, pero que en una época moderna, progresiva, ha demostrado ser inadecuada, más aún, perjudicial y funesta para esta función. De este resto rudimentario de una época económica superada, se ha apoderado la plutocracia judía para cimentar en él su dominio. Ésta mantiene, por medio del delirio del oro, la idea de que el dinero no es un medio para el fin, sino es fin en sí mismo, y ahoga con criminal egoísmo el progreso económico de los pueblos.

El nacionalsocialismo ha reconocido que el fundamento mejor de toda divisa es la confianza de las fuerzas productivas de la nación en la jefatura del Estado. Ha puesto fin

en Alemania al delirio del oro y solo tiene una compasiva sonrisa para aquellos pueblos que no han comprendido todavía hoy cuál es el verdadero papel del metal amarillo, que tiene encadenado al progreso de la economía humana y que es extraído únicamente de los pozos de las minas, para volver a ser enterrado en las profundidades de las cámaras acorazadas subterráneas.

En la moderna vida económica, el oro no solo es un factor sin rendimiento, sino que se ha convertido, precisamente, en la galga de su desarrollo. Es el contrincante del principio del rendimiento; principio que impulsa hacia adelante el progreso y el desenvolvimiento social de los pueblos. He expuesto ya ante ustedes los beneficiosos efectos producidos por esta idea dentro del pueblo alemán. Creo que es así mismo de ella el futuro, como principio ordenador en la convivencia de los pueblos europeos. Sobre ello, quiero entrar a continuación en detalles, con algunas palabras.

Los pueblos, como los hombres, tampoco son iguales por naturaleza. Y en la vida de ellos entre sí, tampoco se puede lograr, más que por medios pacíficos, una armonía y sintonización de sus intereses, si se establece la igualdad de las condiciones bajo las cuales puedan competir entre sí.

También los pueblos - según los límites impuestos por la naturaleza - solo pueden ocupar su puesto en este mundo, de acuerdo con la medida de sus aptitudes y rendimientos para el mismo. Asimismo, en la competencia de los pueblos solo debe de estar en la cabeza lo mejor a base de su rendimiento y su valor.

Pues así como el principio de rendimiento y la selección conducen en el interior de un pueblo a las formas más superiores de su desarrollo, solo con él pueden adquirir su valor total, dentro del círculo de los pueblos, las fuerzas que aseguran el mayor progreso posible y, por lo tanto, el desarrollo máximo de cada uno de ellos.

Si es que ha de ser posible el substituir en la vida de los pueblos la violencia por el arreglo pacífico, creo que es entonces esta idea de la igualdad de condiciones para todos, la que en sí abriga el único principio de paz constructivo posible. En la Sociedad de Naciones se vio ya una vez, aunque solo por los crédulos, el intento de suprimir los conflictos armados entre los pueblos, por medio de la organización de la paz. Pero fue un intento inútil en un objetivo inútil. La Sociedad de Naciones, que hacia el exterior estaba organizada sobre el principio de la igualdad, se convirtió en el instrumento de los vencedores contra los vencidos, de la perpetuación del odio, de la injusticia entre los pueblos, de la desigualdad de las condiciones y de la opresión del rendimiento humano.

Frente a esto, el reconocimiento del principio del rendimiento en la vida de las naciones es una norma realmente creadora y dinámicamente reguladora; un principio, que en el lugar de la violencia coloca la pacífica competencia de los pueblos, pues proporciona a todos las mismas condiciones, es decir, da a todas las naciones las mismas posibilidades de participar de las riquezas de la Tierra, para aprovecharlas según la medida de sus aptitudes y rendimientos.

Ya antes contesté una vez a una de las cuestiones espirituales más urgentes para nuestra comunidad nacional, a saber, a aquella de cómo es posible la individualidad, la libertad personal dentro de una sujeción colectiva. Entonces, presenté la solución, por medio de aquella unidad de la idea nacionalsocialista, que actúa recíprocamente, en la que la comunidad es la representante de la individualidad, para que ésta pueda actuar a su vez en beneficio de la colectividad. Una cuestión semejante es la que ofrece hoy el problema del orden internacional de los pueblos, es decir, la cuestión de cómo es posible un orden internacional bajo la condición previa de que las naciones conserven

su libertad exterior. La contestación solo puede ser esta: no por el principio de la preferencia de determinados pueblos, sino bajo el de la igualdad de condiciones para todos. No deben ser solo algunos pocos, que por la violencia han tomado posesión de la mayor parte de los tesoros de la Tierra, los que tengan una participación en las posibilidades de desarrollo de este mundo, sino todos, según la media de su rendimiento.

El reconocimiento del principio de rendimiento establece el enlace natural en un orden común, en el que pueden existir juntas la libertad y la obligación. Es la idea de un orden de los pueblos, estructurado racialmente, pero enlazado de un modo orgánico. Esta idea ha nacido de la síntesis de los espíritus de dos grandes naciones civilizadas del continente, para llamar a Europa a una nueva fe, a un nuevo desenvolvimiento y a un nuevo progreso.

Esta idea es digna de la gran tradición espiritual de este continente. Lo que la fuerza creadora y estructuradora de los Estados del Imperio romano le dio a Europa y al mundo, no necesito detallarlo aquí. Casi un milenio descansó y se sintió seguro el orden de Europa en la idea alemana del Sacro Imperio. Las repercusiones espirituales de la concepción copernicana del mundo, prepararon un cambio de este orden ligado jerárquicamente; la Guerra de los Treinta Años puso, de hecho, fin al mismo. En el caos europeo, que se produjo al derrumbarse el viejo orden, creó Francia la idea del absolutismo. De la revolución francesa contra el absolutismo surgió el descubrimiento de los, por desgracia, mal entendidos derechos del hombre. Las ideas de la revolución francesa suprimieron sujeciones caducas y contraproducentes, pero no crearon ninguna nueva. En ello radica su defecto y, si se quiere, su tragedia. Sin duda ninguna, el liberalismo ha dado mucho al progreso de la humanidad, en cuanto que dejó libres fuerzas que estaban encadenadas; pero, en su degeneración individualista, provocó consecuencias fatales para la vida social de los pueblos. De la libertad industrial nació la dictadura del capitalismo; de la libertad de prensa, la dictadura del espíritu judío; y la democracia, el dominio de los plutócratas.

La revolución de nuestro tiempo destrona, al fin, el individualismo, como principio fundamental de la especulación, y descubre los derechos del hombre del pueblo, que inician una nueva época del desenvolvimiento de Europa y de su vida. Gigantescas posibilidades de florecimiento social y cultural, de multiplicación de las fuerzas económicas y de elevación del nivel de vida, se encierran en ese nuevo orden, en la seguridad que ofrece su estabilidad política. Con ese orden y sus fecundos principios, los pueblos de Europa se alzarán de nuevo de las ruinas de una época pasada a una vida próspera.

Desde siempre fueron ideas de origen continental, las que han determinado el desarrollo político y social de esta parte de la Tierra, y abierto a sus pueblos el camino del progreso. ¿Qué quieren frente a esto, las desmedidas aspiraciones de los habitantes de las islas? ¿Ha dado Inglaterra al continente, siquiera una vez, un principio fecundo? Su principio del orden para el mundo ha sido la violencia y la rapiña. Para la vida de las naciones europeas solo ha suministrado constantemente contribuciones de destrucción, casi todas las ideas de opresión, amoralidad, y ruina humana han nacido en Inglaterra. Desde allí ha obsequiado a Europa con la doctrina del utilitarismo, del egoísmo como máxima fuerza impulsora del progreso, con un materialismo económico criminal. Inglaterra es el país de origen de la denominada *economía nacional clásica*, de la doctrina del interés, que vio el sentido último de la economía humana en el principio de que *“el capital tiene que producir capital.”* Hizo

del trabajo humano una mercancía. Convirtió el dinero en fin de sí mismo y aherrojó a los pueblos con la cadena de la quimera del oro. Todos los dogmas del capitalismo más brutal y, por consiguiente, también las más profundas simas de la desgracia social humana, se los deben los pueblos de Europa al espíritu inglés. El único *principio de orden* que Inglaterra ha dado a Europa, fue el del equilibrio de las fuerzas europeas, la lucha de todos contra todos, la excitación permanente de las potencias continentales a desgarrarse a sí mismas. Hizo el estado de guerra en la paz, una situación permanente en el continente, para convertirlo en un infierno sangriento, según su necesidad.

Las aportaciones que ha venido haciendo desde siempre Inglaterra a Europa, han sido freno a todo orden orgánico de sus pueblos. La esencia de su política en la Sociedad de Naciones fue la perpetuación del odio. Sus promesas de garantía son una estafa a los pueblos que en ellas confían; Inglaterra los ha condenado sin reparos a la ruina. Su moral es una máscara y sus frases, demagogia.

Señores, he intentado desarrollar ante ustedes, las ideas representativas que, partiendo de una revolución, se dibujan como líneas espirituales básicas de la nueva Europa. Les he dado una imagen de las causas espirituales que preparan una nueva época en la vida de los pueblos. Creo que esas ideas son acertadas, porque corresponden lo mismo a la lógica que al sentimiento y a la dinámica de nuestra época. Son tan sencillas, como todo lo grande de la vida, y tan invulnerables y convincentes, que hoy desean adoptarlas hasta en Inglaterra. Se oye decir: "*Necesitamos un nuevo orden en Europa, porque el pueblo de Gran Bretaña no está dispuesto a morir por el viejo.*" ¡Son penas perdidas! No engañan ya a nadie más. Las grandes ideas estructuradoras solo pueden ser convertidas en realidad por las mismas fuerzas que les dieron la vida.

Otros, en cambio, tienen hasta la ambición de ser los mesías de una nueva época. Pero por vivir todavía en las penumbras espirituales de una época pasada y no comprender la grandeza de la nueva, han tomado el camino de la frase demagógica y del odio mezquino. Viven en un hemisferio de ofuscación espiritual y hacen una cruzada por la denominada *libertad de pensamiento*. Pero lo que ellos llaman lucha por la libertad humana, es en realidad la lucha contra el progreso de la humanidad; lo que designan como lucha por la democracia, estúpida intolerancia; lo que declaran como lucha por la verdad, es la de la oscuridad absoluta contra la luz de una nueva idea. Tiempos venideros reconocerán en ellos las más oscuras reacciones espirituales; y a los que levantaron las hogueras del siglo XX, vergüenza de la humanidad, contra la que ha de alzarse todo el mundo espiritual. Y él ha de tener el valor de designar públicamente esta vergüenza por lo que es. La filosofía de nuestro tiempo no es una ciencia oculta; el reino de sus ideas está abierto aún al hombre más sencillo. Si las cátedras europeas de ciencias filosóficas devinieron en improductivas, porque les faltaba el fundamento de una nueva especulación, entonces, se ha creado hoy de nuevo esa sólida base, sobre la que puede asentarse una nueva y fecunda vida espiritual, para actuar, al servicio de la verdad, por el porvenir de los pueblos.

Movilizar para este elevado fin la fuerza de la prensa, como medio de dirección espiritual de los pueblos, fue siempre mi aspiración y sigue siéndolo. Y tengo la creencia de que si empleamos, unidos en la lucha contra la reacción, todos los medios e instrumentos de la razón humana, poseeremos la fuerza para conducir a ésta a la victoria.

Los reaccionarios de hoy, en su locura, califican su sistema como el de base más firme del orden del mundo. Y dicen que el ocaso de la democracia es el de éste; pero solo desaparece el de sus caducas concepciones y se levanta de uno nuevo.

Hablé de la voluntad de orden, de la aspiración hacia un desarrollo superior y progresivo, como imperativo supremo en la vida de los pueblos. A las naciones que lo acatan les sonrío favorablemente el destino; en aquellas que lo desacatan se ejecuta fatalmente, en la hora del desenlace, el fallo de la Historia.

Llego al fin de mi conferencia, que he dado menos por motivos de oportunidad política que por obligación interna hacia la propia estimación interna del espíritu. No porque el lodo que arrojan pudiera impresionarnos, pero una actitud tan provocadora de los espiritualmente tan mal dotados y una tan primitiva y vergonzante pobreza de ideas, como de la que a este respecto se hace gala, requieren una contestación por la dignidad y el prestigio del mundo espiritual.

Yo no hubiera emprendido el ofrecer ante un círculo tal, la silueta de las ideas que actúan hoy para organizar una nueva Europa, si les hablase desde el terreno de la mera teoría y alejado de toda realidad viva. Pero yo me debo sentir ligado al ritmo de la nueva época, por intuición directa de la personalidad creadora y de su fuerza forjadora de futuro. Es el hálito de espíritu vivo, lo que quería transmitir a mis oyentes.

Hablé al principio de la idea y la personalidad, como de las fuerzas creadoras en la vida de los pueblos. En la personalidad, a la que no solo ha sido concedido el crear ideas, sino hacerlas realidad viva por medio de la acción, se ha encarnado la vida en su misma perfección. La grandeza de tal personalidad se hace visible a todos, en la magnitud de su obra. Pero solo a muy pocos les ha sido concedido el poder dirigir la mirada al engranaje de sus ideas, al ritmo de las mismas y al taller de su espíritu creador. Y por ese conocimiento, por esa contemplación de una vivencia diaria e inmediata a lo largo de los años - que vio surgir a un pueblo de las simas más profundas y convertirse en un *Reich* gracias a la fuerza de una personalidad -, debo permitirme una afirmación: si los dirigentes del que se denomina mundo democrático, poseyera solo una partícula de la grandeza interior y del sentido de responsabilidad del *Führer*, entonces, mejor suerte correría la felicidad de los pueblos y el bienestar de los hombres.

El conocimiento de estas cosas me obliga a hacerlas también públicas una vez.

La misma grandeza de espíritu, que los pueblos civilizados del continente han tenido con tanta frecuencia en la historia occidental, se presenta hoy de nuevo para llevar a cabo la solución que determinará el curso de los siglos. Los pueblos perciben el hálito de esa grandeza; solo el cerebro de los estadistas de determinadas democracias no es lo suficientemente grande para poder aceptarla.

Los pensamientos realmente grandes salen del corazón y se comprenden también con él. Así, hoy se produce un despertar de los pueblos de este continente, que no se vuelven de espaldas al signo de la época. Las fuerzas que creen en ello, empiezan a concentrarse. De los precursores y de los desertores de un pasado superado, surgen los aliados de un futuro ascendente. Todavía sigue la lucha por ese porvenir; pero el fallo de la Historia ha recaído ya. Ha puesto ya en marcha las ideas de una nueva época, que deben conducir a los pueblos al desarrollo y la prosperidad. Su ritmo se acompasa al de la marcha de los ejércitos que han salido en defensa de los derechos vitales de sus naciones y a luchar por la edad del pueblo.

Toda verdadera revolución recibe su confirmación en la lucha y encuentra su fin en el orden; en aquel orden verdadero, que no oculta en sí el germen de nuevas guerras, sino que abre de par en par a la humanidad las puertas del progreso, porque garantiza a los pueblos el camino del desenvolvimiento progresivo y pacífico.

“El nacionalsocialismo parte de la desigualdad de los distintos hombres, pero fomenta para todos la igualdad en las mismas ocasiones y, en igualdad de aptitudes, las mismas perspectivas de éxito. Devuelve a los desheredados de un régimen capitalista contraproducente, la igualdad de derechos económica, en cuanto que suprime todos los obstáculos que el sistema liberal, con todos los privilegios de la propiedad y el capital habían levantado ante él, como un muro inescalable. Funda con ello un orden económico y social en el que cada ciudadano, sea lo que fuere y proceda de donde proceda, puede llegar a los más altos cargos del Estado y la industria, bastándole el tener la fuerza, la voluntad y capacidad para ello.”

(Otto Dietrich)

